

El *Quijote* en el pensamiento de Américo Castro

● CRISTINA MÚGICA

El propósito de este trabajo es presentar algunas de las ideas del estudioso Américo Castro sobre el *Quijote* y Cervantes, tal como aparecen en los libros *Hacia Cervantes* (1960) y *Cervantes y los casticismos españoles* (1966 y 1974), y en los estudios “El *Quijote*, taller de existencialidad” (1967), “Españolidad y europeización del *Quijote*” (1960) y “Cómo veo ahora el *Quijote*” (1971). Estos escritos constituyen un segundo momento de exploración después de que Castro escribiera *El pensamiento de Cervantes* (1925), libro que da cuenta del universo intelectual cervantino.

España en su historia (1948) y sus replanteamientos en 1954 y 1962 como *La realidad histórica de España*, constituye, al decir de Francisco Márquez Villanueva, un gran relevo de paradigmas, en donde el esquema construido sobre un nacionalismo decimonónico y una ortodoxia neoinquisitorial han de ceder el paso a otra forma de pensamiento fundado en la libertad intelectual, los derechos humanos y el multiculturalismo.¹ *España en su historia* incorpora planteamientos de Kierkegaard, Heidegger, Unamuno, Ortega y Dilthey. Por su carácter crítico, la concepción de una historia en incesante construcción y ciertas abstracciones inéditas innovadoras con las que el estudioso quería dar cuenta de fenómenos vivenciales (“vividura”, “morada vital”), tuvo acres detractores.² En

¹ Francisco Márquez Villanueva, “Prólogo”, en Américo Castro, *Cervantes y los casticismos españoles, Obra reunida*, vol. II. Madrid, Trotta, 2002, p. 10.

² Al respecto, Juan Goytisolo ofrece un panorama sobre esta controversia. (Juan Goytisolo, “Supervivencias tribales en el medio intelectual español”, en Pedro Laín Entralgo et al., *Estudios sobre la obra de Américo Castro*. Madrid, Taurus, 1971, p. 112): “En un país en el que se escribe impunemente acerca del ‘sevillano’ emperador Trajano

cuanto a su posición como historiador, Américo Castro propone una estrategia metodológica interdisciplinaria y un trabajo hermenéutico. Por otra parte, siguiendo la idea que formulara Menéndez Pidal a principios del siglo XX en cuanto a la necesidad de estudiar el hecho lingüístico en una dimensión diacrónica, Castro establece un vínculo entre el *Quijote*, la *Celestina* y el *Guzmán de Alfarache* en relación con su parentesco con el humanismo y el Renacimiento.

Exiliado en la Universidad de Princeton, Castro —señala Márquez Villanueva— intentaba encontrar una explicación no ideológica sino funcional para un proceso histórico capaz de acarrear un estallido como la Guerra civil de 1936-1939. “El afán de don Américo radicaba precisamente en ‘desideologizar’ la hermenéutica, que siempre rechazó, de las dos Españas y sustraerla de una vez a la sempiterna reyerta entre liberales y católicos bajo la inédita luz de una dinámica funcional”.³

Castro incorpora como fuente histórica a la literatura española y, para dar cuenta de ésta, va siguiendo la historia intelectual de España, uno de cuyos fenómenos cruciales resulta ser el erasmismo al que estudia con Bataillon. En sus estudios, va más allá de los planteamientos del estudioso francés al establecer que, más allá de los tiempos de Cisneros, el erasmismo entroncaba con una tendencia a la interiorización del sentimiento religioso, visible en España desde fines del siglo XIV y acentuada en las manifestaciones de los judeoconvertos. Así, Castro emprende un largo camino *Hacia Cervantes* trabajando sobre la tradición del humanismo español, el *Lazarillo de Tormes*, Juan de Mal Lara y fray Antonio de Guevara.⁴

y de la ‘españolidad de Séneca’ (Ortega y Gasset, Menéndez Pidal), sobre el carácter ‘pasajero’ de la islamización de España (Menéndez Pidal), en el que se sostiene que los musulmanes —esos mismos musulmanes calificados aún recientemente de ‘invasores’ y ‘depredadores’ nada menos que por Emilio García Gómez— no fueron ‘ingrediente esencial’ en la historia de España (el ya citado Ortega) y se edifican teorías superfrolíticas respecto al caballero español y cristiano, ‘paladín defensor de una causa, deshacedor de entuertos e injusticias que va por el mundo sometiendo toda realidad al imperativo de unos valores supremos, absolutos, incondicionales’ (García Morente) —elucubraciones y entelequias diariamente repetidas hasta el paroxismo por tanto plumífero irresponsable, la obra de A. Castro escandaliza y escandalizará”.

³ F. Márquez Villanueva, “Prólogo”, en A. Castro, *op. cit.*, p. 11.

⁴ *Ibid.*, p. 12.

Castro entiende las producciones culturales españolas a partir de las condiciones sociales, políticas y religiosas de la vida en la península, en las que “los hombres de letras hubieron de protegerse de la muerte intelectual mediante el recurso a nuevos cánones expresivos”.⁵ En su importante estudio *La España de Fernando de Rojas* (1972), entiende Stephen Gilman, discípulo de Castro, a la escritura de Rojas como una forma “no tanto de crearse a sí mismo cuanto —por un proceso de transmutación de sus más íntimos pesares— salvarse a sí mismo”.⁶ Así, los hombres de letras de los siglos XVI y XVII vivían acuciados por hacer presente “su escueta voluntad de existir”, jugándose en sus obras.

Así, Castro parte de la consideración de que la literatura no es separable de las circunstancias en las que surge y pone énfasis en el hecho de que la sociedad española de los siglos conflictivos estaba configurada por tres castas: la de los cristiano- viejos, la de los judeoespañoles y la de los moriscos, descendientes de los hispanoárabes. Los judeoespañoles fueron forzados a convertirse a partir de la última década del siglo XIV y como conversos fueron marginados y amenazados. Cervantes, afirma Américo Castro, pertenece a este linaje.⁷ Cristianos viejos y cristianos

⁵ *Ibid.*, p. 13.

⁶ Stephen Gilman, *La España de Fernando de Rojas*. Madrid, Taurus, 1978, p. 29. Siguiendo esta cauda y con la hipótesis de la escritura de la *Celestina* como producto de un taller realizado por estudiantes judeoconversos en la Universidad de Salamanca, ha sido publicado recientemente el estudio de Gustavo Illades, *La Celestina en el taller salmantino*. México, UNAM, Instituto de Investigaciones Filológicas, 1999.

⁷ “A mi manera de ver, lo decisivo de sus muy agudas nuevas ideas [se refiere a Américo Castro] está constituido por un triángulo de afirmaciones básicas y muy significativas: Cervantes es un cristiano nuevo; sus obras más valiosas (el *Quijote*, *Novelas ejemplares*) brotan de una visión marginal de un individuo que se siente inconfortablemente situado en la sociedad en que vive, y por eso supera su tiempo, expresándose literariamente como un anti-Lope —vate de la casta cristiano- vieja dominante y afirmada en sus creencias más allá de toda duda—; pero, por último, su marginalidad vital cuaja en una obra literaria magna (el *Quijote*) en la que los personajes se autodeterminan valiosamente existiendo desde su propio modo de ser singular y no renegando de un mundo absurdo [...] según visión de Mateo Alemán en su *Guzmán de Alfarache*”. (Guillermo Araya, “Evolución y proyecciones del pensamiento de Américo Castro”, *apud* Julio Rodríguez Puértolas, “Prólogo” en A. Castro, *El pensamiento de Cervantes y otros estudios cervantinos*, *Obra reunida*, vol. I. Madrid, Trotta, 2000, p. 21.)

nuevos se oponen a partir del siglo XVI, explica Pedro Laín Entralgo en su prólogo a los *Estudios sobre la obra de Américo Castro*: “¿Acaso no era de cristiano nuevo la mentalidad de Jovellanos, como dos siglos antes lo había sido —fueran cuales fuesen los detalles de su genealogía— la de Miguel de Cervantes?”⁸

De acuerdo con Castro, Cervantes comparte raíces con Fernando de Rojas, fray Luis de León, Mateo Alemán, Luis Vives, Antonio de Nebrija, Garci Rodríguez de Montalvo, Bernal Díaz del Castillo y san Pedro de Alcántara.

Producido por el bloque Iglesia-Estado, el grupo judeoconverso constituye un grupo de cristianos discriminados que expresan su dolor y su existencia en una literatura intercastiza. Así, hace notar Márquez Villanueva, el señalamiento de Castro en cuanto a que muchos escritores importantes de los siglos XVI y XVII eran judeoconvertos, lejos del racismo, se refiere a la emergencia de un sujeto cultural, “absurdamente tachado de judío, tras muchas generaciones de bautizados, quienes, a partir de su lógica insatisfacción, realizaron algo único e inestimable en la historia del espíritu humano”.⁹

De esta manera, a partir de los planteamientos de Américo Castro, las obras de los siglos conflictivos se entienden como “esa pugna del pensamiento creador con la opresión totalitaria del poder estatal”.¹⁰ De esta manera, tal como lo muestra Stephen Gilman en *La España de Fernando de Rojas*, lo que el autor de la *Celestina* enfrenta es un mundo que institucionaliza la amenaza como forma de existencia. La escritura aparece entonces, en los planteamientos de Castro y sus discípulos, como expresión de la subjetividad en resistencia, experiencia de la historia que se contrapone a la de los vencedores y sus mitos patrióticos y religiosos.

Para explicar el surgimiento del *Quijote* en este segundo momento de su producción presidido por *España en su historia* (1948), Castro partirá de la secularización del erasmismo, esto es, de la religiosidad interior que, acentuada por el ingrediente judeoconverso, produce una

⁸ Pedro Laín Entralgo, “Prólogo”, en P. Laín Entralgo *et al.*, *op. cit.*, p. 19.

⁹ F. Márquez Villanueva, “Prólogo”, en A. Castro, *op. cit.*, vol. II, p. 19.

¹⁰ *Ibid.*, p. 34.

novela que narra modos de existencia conflictivos, como lo son los personajes cervantinos.

En los cinco apartados siguientes, pretendo presentar una síntesis de las ideas de Américo Castro sobre el *Quijote*.

El erasmismo de Cervantes

El pasaje “las obras de caridad que se hacen tibia y flojamente no tienen mérito ni valen nada” (II, 36, p. 930),¹¹ censurado por el Índice expurgatorio de 1632, tiene que ver con una corriente mística proveniente de la espiritualidad erasmista y con el iluminismo de los alumbrados. Este pasaje significa que las obras buenas y las oraciones han de acompañarse por el fuego de la caridad y el amor a Dios, esto es, por un estado de gracia, pureza o perfección interior. De este modo, siguiendo los planteamientos erasmistas, las prácticas religiosas exteriores quedan subordinadas a la disposición interna del espíritu, lo que supone una crítica a las formas de religiosidad dominantes, sus despliegues y ostentaciones.

En la España de Cervantes, dice Américo Castro, se erasmizaba, hasta donde se podía, con precaución. En una carta a Marcel Bataillon, Castro compara la situación de los intelectuales españoles —“combatidos, calumniados”— durante los años de la dictadura con la de los erasmistas cuatrocientos años atrás.¹² Así pues, al hablar de erasmismo y humanismo, Castro realiza una reflexión crítica del pasado, a partir de una conciencia progresista, democrática y republicana.

El erasmismo en España refuerza una tendencia a la interiorización del sentimiento religioso presente en la religiosidad judeoconversa. Erasmo pretendía llegar al fondo espiritual del cristianismo. En el *Quijote* se secularizan las actitudes religioso-contemplativas presentes en el erasmismo. De esta manera, la idea del personaje literario se fun-

¹¹ Miguel de Cervantes, *Don Quijote de la Mancha*. Ed. de Francisco Rico. Barcelona, Instituto Cervantes/Crítica, 1999. (Cito entre paréntesis, indicando la parte en números romanos, el capítulo de que se trata y la página.)

¹² J. Rodríguez Puértolas, “Prólogo”, en A. Castro, *op. cit.*, vol. I, p. 10.

da en la espiritualidad íntima, “afirmado sobre el saberse ser quien se es, gobernado por el timón de la voluntad, e impulsado por la conciencia de ser libre y por estar dispuesto a sacrificarlo todo al derecho a ser quien ha decidido uno ser”.¹³ “Los personajes en el *Quijote* parecen seres vivos: realizan auténticamente el ser de su vivir de acuerdo con un destino que da ilusión de autonomía”.¹⁴

Un antecedente importante del *Quijote* es la novela pastoril, hija laica de la mística religiosa, que surge cuando el individuo, rompiendo amarras con la religiosidad, se aventura por los intrincados bosques del sentimiento: “No teniendo vocación de místico, [Cervantes] se construyó una disposición en que se expresa el proceso penoso y conflictivo de quien aspira a ser persona, e identifica la conciencia de personalidad con la pretensión de realizar el bien en un mundo malignamente dispuesto”.¹⁵

Cervantes, cristiano nuevo

Dentro del catolicismo español, la posición de Cervantes era la de un cristiano nuevo de inspiración erasmista. “Su posición era periférica, extra-vagante (en sentido etimológico), y desde ella contemplaba oblicua e irónicamente la sociedad, y gracias a ello pudo inventarse una nueva forma de hacer novelas”.¹⁶

Me parece hoy evidente que el *Quijote*, las “eróticas” pastoriles, el arranque autobiográfico del *Lazarillo*, el arrojado deliberado de ciertas figuras de la *Celestina*, el “fino sentir” del agresivo fray Luis de León, el enfrentamiento de la mística contra la religiosidad mayoritariamente organizada, eso y algo más, todo ello conduce espiritual e históricamente hacia una misma raíz: al estado de ánimo

¹³ A. Castro, “Erasmo en tiempos de Cervantes”, en *Hacia Cervantes. Obra reunida*. Madrid, Trotta, 2000, vol. I, p. 515, n. 43.

¹⁴ A. Castro, “Los prólogos al *Quijote*”, en *ibid.*, p. 539.

¹⁵ A. Castro, “Cervantes y el *Quijote* a nueva luz”, en *Cervantes y los casticismos españoles. Obra reunida*, vol. II. Madrid, Trotta, 2002, p. 119.

¹⁶ A. Castro, “La estructura del *Quijote*”, en *Hacia Cervantes*, vol. I, pp. 584-585.

de los cristianos nuevos, a su adentramiento retraído respecto del mundo en torno a ellos.¹⁷

Adentramiento en el mundo propio y extranjería con respecto de su sociedad. El vivir de don Quijote será un peregrinar por “camino, ventas, moradas campestres, arroyos, sierras, bosques sin contorno...”¹⁸

La vigilancia inquisitorial sobre los cristianos nuevos, las denuncias y el espionaje al que se vieron sometidos, institucionalizaron la amenaza como forma de existencia. Fue entonces necesario que los conversos Cervantes, Rojas, fray Luis de León, aprendieran a protegerse de la muerte intelectual mediante el recurso de nuevos cánones expresivos. Al decir de Francisco Márquez Villanueva, lo que Cervantes novela es el proceso mismo de creación, en una comunicación entre autor y lector no sujeto a reglas establecidas, sino al compromiso de ir produciéndolas en todo momento. Por otra parte, Cervantes escribirá sobre el saberse vivir de sus personajes: “Seres puestos a la tarea de ser ellos mismos en cambiante y problemático desequilibrio”.¹⁹ El tema del *Quijote*, dice Américo Castro, es “la dificultad misma de existir o [...] la expresión de la conciencia de estar viviendo en perenne conflicto”.²⁰

La novela cervantina se presenta como enfrentamiento entre el personaje quijotizado y un mundo que no lo está. Se trata pues de la pugna entre quien ha decidido ser el que es y como es y los empeñados en despojarlo de su personalidad. Castro señala la dificultad para distinguir, en el comportamiento de don Quijote, lo absurdo y lo insensato de los comportamientos disidentes y contestatarios en la España de su momento.

Don Quijote y Cervantes vuelven la espalda a la sociedad de 1600 y emprenden la tarea de construirse un mundo suyo, distinto del reconocido por todos como único e inamovible. “Cervantes [...] concibió

¹⁷ A. Castro, “Los prólogos al *Quijote*”, en *ibid.*, p. 546.

¹⁸ A. Castro, A. Castro, “La estructura del *Quijote*”, en *ibid.*, p. 571. Muchos otros personajes aparecen también alejados de la vida ciudadana (galeotes, desesperados de amor, bandidos).

¹⁹ F. Márquez Villanueva, “Prólogo”, en A. Castro, *op. cit.*, vol. II, p. 16.

²⁰ A. Castro, “Españolidad y europeización del *Quijote*”, en *Hacia Cervantes*, vol. II, p. 277.

la extraña idea de hacer dialogar a unos cuantos ‘retraídos’, situados al margen del vivir gregario a fin de que airearan sus razones en el público espacio de una página impresa”.²¹ Así, es posible entender el *Quijote* como la respuesta cervantina a la marginalidad a la que se condenaba a los cristianos nuevos a quienes se negaba, por ejemplo, el acceso a la Nueva España, situación que podía convertirlos en parias o en inquisidores, y que los incitaba a las búsquedas heroicas.

El *Quijote* y los libros

El Quijote sale a la luz después de veinte años de mutismo. (“Al cabo de tantos años que ha que duermo en el silencio del olvido”, dice la voz prologal del *Quijote*.) Durante esos largos años de silencio, Cervantes pasa por un proceso de meditación en el que logrará deshacerse de los modelos librescos que, en ese momento, corrían por España e Italia. No era de esperarse, sin embargo, que el libro apareciese como obra de un profesional de las letras, ya que Cervantes era poco conocido antes de 1605.²²

el *Quijote* es un libro forjado y deducido de la materia activa de otros libros. La primera parte emana radicalmente de los libros leídos por don Quijote; la segunda es, a su vez, emanación de la primera, pues no se limita a seguir narrando nuevos sucesos, sino que incorpora en la vida del personaje su conciencia de estar ya preexistiendo en otro libro.²³

Los personajes presentan una existencia migratoria, emanada de la materia de los libros o que pasan a través de las interpretaciones de otras personas o de otras palabras escritas, como es el caso de Ginés de Pasamonte, cuya verdad se encuentra en su autobiografía. “El *Quijote* debe su existencia tanto a una tradición de formas y géneros literarios, como

²¹ A. Castro, “Cómo veo ahora el *Quijote*”, en *ibid.*, pp. 370-371.

²² Cf. A. Castro, “Los prólogos al *Quijote*”, en *ibid.*, p. 532.

²³ A. Castro, “La palabra escrita y el *Quijote*”, en *ibid.*, p. 603.

a una tradición de maneras de ser vivida la literatura.²⁴ La palabra escrita es sentida “como realidad de alguien, vitalizada”.²⁵ El libro como realidad viva, animada, comunicada e incitante, proviene de la tradición oriental y se liga estrechamente con la creencia de que la palabra contiene y transmite una revelación.²⁶ “Lo escrito posee una vitalidad capaz de afectar a otras vidas, y su realidad consiste en esa acción vital”.²⁷

Los libros de caballerías, los romances, las narraciones pastoriles y picarescas dejan de ser objetos literarios encerrados en sus páginas. Ahora van a ser una fluencia animada, que se deslizará sin reposo de una a otra figura de existencia humana, cuyo existir precisamente consistirá en la forma e impulso adquiridos en virtud de tal deslizamiento.²⁸

En el mundo islámico, horizonte presente en la novela cervantina, “todo es desliz y corrimiento”: “Las palabras son también inestables. [...] La ausencia de peso esencial permite a la literatura árabe fluir vertiginosamente en inalcanzables cuentos como los de *Las mil y una noches*, en donde quien cuenta y lo contado se trenzan indefinidamente.”²⁹ “El *Quijote* se originó como un río provisto —ya en su nacimiento— de un cauce tan movable como el discurrir de sus aguas”.³⁰ Desde las primeras frases, todo lo escrito es dudoso, cuestionable en su identidad. Las realidades imaginadas, soñadas, descritas, narradas o conocidas son en el *Quijote*, además, vivenciadas por alguien más, lo que también las habrá de transformar; por ejemplo, el lugar en el que vive el hidalgo Quijano queda transmutado en el “no quiero acordarme de su nombre”,

²⁴ *Ibid.*, p. 613.

²⁵ *Ibid.*, p. 614.

²⁶ *Cf. ibid.*, p. 615. El espíritu hebreo, aunado con el pensar neoplatónico, da lugar a la creencia en el logos-palabra como espíritu emanado y creador.

²⁷ *Ibid.*, p. 619.

²⁸ A. Castro, “Españolidad y europeización del *Quijote*”, en *ibid.*, p. 300.

²⁹ *Ibid.*, p. 303.

³⁰ A. Castro, “El cómo y el porqué de Cide Hamete Benengeli”, en *ibid.*, vol. I, p. 644.

de manera que podemos decir que en el *Quijote* no hay nada hecho, que todo está en proceso de irse haciendo.³¹

La palabra escrita como realidad problemática y múltiple se hace presente en el capítulo 32 de la Primera parte del *Quijote*, en el que la realidad de los libros de caballerías se resuelve en los reflejos y reacciones que producen en sus lectores (el ventero, Maritornes, la hija del ventero). La vida de la literatura aparece a través de las vivencias de lectores y escuchas. Esta realidad problemática, dice Américo Castro:

se proyecta simultáneamente como un ángulo abierto hacia el *Quijote* como libro leído y hacia la amplia vastedad de sus lectores. Cervantes les concede licencia, les invita a servirse de su libro, lo mismo que los personajes que habitan en él hacen a cada paso con cuanto va aconteciendo en torno a ello.³²

De la misma manera, el *Libro de buen amor* es esencialmente ambivalente, oscilante y su sentido, “depende del que se le preste en la vida de quien lo lea”:³³

Qualquier omne que.l oya, si bien trobar sopiere,
más á ý (a) añadir e enmendar, si quisiere;
ande de mano en mano a quienquier que.l pidiere,
como pella a las dueñas, tómelo quien podiere. (1629)³⁴

La nueva manera de novelar

“Según el autor del *Quijote*, vivir humanamente consiste en estar recibiendo el impacto de cuanto pueda afectar al hombre desde fuera

³¹ Cf. *ibid.*, p. 645.

³² A. Castro, “Cervantes y el *Quijote* a nueva luz”, en *Cervantes y los casticismos españoles*, p. 83.

³³ *Idem.*

³⁴ Juan Ruiz, Arcipreste de Hita. *Libro de buen amor*. Ed. de Alberto Blecuca. Madrid, Cátedra, 2001.

de él, y estar transformando tales impresiones en procesos de vida.³⁵ Existir implica entonces la incorporación de la experiencia en forma de afectos, ensueños, creencias, anhelos; forma de fecundación que convierte cualquier dato empírico en algo con sentido problemático, nunca cerrado ni definitivo:³⁶ “el fluir de la existencia emana de la fascinante conjugación de las ilusiones, de las creencias y de las esperanzas con la marcha del propio vivir...”³⁷ Don Quijote va urdiendo la trama de su existir: “Su vida consiste en estársela haciendo en conexión con las otras figuras y con unas circunstancias que crean la ilusión de que la vida de alguien está desplegándose a nuestra vista, en un tiempo y en un espacio actuales”.³⁸

De esta manera, don Quijote y otros personajes manifiestan un *ser volitivo* y, por tanto, van remontando el curso de su existencia literaria incitados por un libre designio y sostenidos por la esperanza de un posible bien.³⁹

Américo Castro hablará de una nueva manera de novelar en la que:

la metáfora lírica o el tema épico ingresa activamente en el proceso vital de quien recibe su impresión. De esta manera, los molinos no son sólo gigantes, sino además contenido de la experiencia de alguien que los vive como tales, y también de quienes los siguen viendo como molinos. La metáfora se convierte en una existencia metaforizada, puesto que los molinos son gigantes en la medida en que Alonso Quijano sea don Quijote.⁴⁰

De esta manera, la metáfora implica al poeta que la crea. Por ejemplo, la aventura de los molinos “gigantes” resuena, entre otras cosas, como un combate contra la prepotencia y la opresión. Esta posición subjetiva está presente en otros episodios: el de los gigantes-frailles benitos, el

³⁵ A. Castro, “La estructura del *Quijote*”, en *Hacia Cervantes*, vol. I, p. 564.

³⁶ Cf. *idem*.

³⁷ *Ibid.*, p. 566.

³⁸ *Ibid.*, p. 575.

³⁹ A. Castro, “La palabra escrita y el *Quijote*”, en *ibid.*, p. 629.

⁴⁰ A. Castro, “La estructura del *Quijote*”, en *ibid.*, p. 568.

de las bodas de Camacho y en el de don Fernando y Dorotea. De esta manera, concluye Castro, don Quijote, figura translúcida, no impide vislumbrar lo que pensaba el autor y también él mismo respecto de su tiempo.

En la estructura del personaje se incluye el proceso de “hacerse” de su vida, la creación de la experiencia vital. En este mundo fluyente, la identidad existencial aparece cuestionable o interpretable de varios modos, por lo que no puede cimentarse sino en la conciencia de sentirse vivir. La figura literaria se vuelve entonces un saberse estar siendo. “El sentirse ‘uno mismo’ se consigue a costa del ininterrumpido esfuerzo de sostenerse a sí [...] don Quijote y su escudero quieren subsistir como seres personalizados, artífices de su ventura”.⁴¹ Como en Unamuno y en Pirandello, “el personaje reclama para sí existencia tanto real como literaria y exige no ser tratado de cualquier manera”.⁴²

Desde el capítulo II de la Segunda parte, los personajes principales del *Quijote* se despliegan en su doble condición de seres reales y de figuras literarias. En la medida en que sus aventuras y avatares han sido recogidas por un escritor, adquieren densidad y quedan marcados por la idea de que su vida es también materia de escritura.⁴³

Don Quijote y Sancho

En tanto que figura literaria, don Quijote aparece en estado naciente, dotado de la capacidad de construir su propio horizonte.⁴⁴ Así, “entreverado loco” (II, 18, p. 776), “don Quijote aparece haciéndose a sí mismo, sirviéndose de la incitación de unos libros”.⁴⁵ En un momento dado, don Lorenzo, hijo de don Diego de Miranda, hablando con don Quijote sobre poesía le dice: “Verdaderamente, señor don Quijote, que deseo coger a vuesa merced en un mal latín continuado [en un sosteni-

⁴¹ *Ibid.*, p. 596.

⁴² Cf. A. Castro, “Cervantes y Pirandello”, en *ibid.*, p. 693.

⁴³ Cf. *Idem.*

⁴⁴ Cf. A. Castro, “Cervantes y el *Quijote* a nueva luz”, en *ibid.*, p. 139.

⁴⁵ *Ibid.*, p. 82.

do desbarrar], y no puedo, porque se me desliza de las manos como anguila” (II, 18, p. 777). Fluyente, don Quijote simultáneamente discurre y se escurre. En ese “escurrirse” se incluye el preguntarse por el sentido de sus afanes: “Yo hasta ahora no sé lo que conquisto a fuerza de mis trabajos” (II, 58, p. 1097), afirma, rompiendo con el marco del héroe épico-caballeresco y enfatizando su dimensión personal.

Cervantes, dice Américo Castro, escribe el *Quijote* en gran soledad, “en la más apartada reclusión del ánimo”. Los personajes de su novela son igualmente solitarios:

Aquel Quesada, Quijada, o como le llamaran, llegó a los 50 años en monótona soledad, cazando sin amigos, oyendo las simplezas de dos mujeres u observando la tosquedad inerte del mozo que le ensillaba el rocín [...]. El hidalgo se evade de su reclusión por entre la compacta letra de unos libros. Gracias a él, el buen Sancho va a poner en paréntesis su condición de labriego y de porquero. Luego haremos que Marcela se escape de su pueblo, y brinque ágil sobre las bardas de su existencia, harta de ser sobrina del clérigo, y empalagada de tanto requiebro a su belleza. Haremos luego que los galeotes rompan sus cadenas y nos encantarán que el bandido Roque Guinart campee por sus respetos, y administre una justicia muy razonable dentro de las circunstancias de su vida. Mientras ronda su ínsula, Sancho y sus acompañantes encuentran a una linda muchacha que, harta de vivir encerrada, había salido a pasear de noche, vestida de hombre, a fin de ver el mundo, por ella barruntado y no conocido. Al ver su lindo rostro, el mayordomo del duque perdió el seso.⁴⁶

Todas estas figuras huyen del mundo, liberadas del aburrimiento, de la tontería, de la arbitrariedad, de las barreras de casta y, a partir de un largo soliloquio consigo mismas, son capaces de dialogar con otros.

En la relación de don Quijote y Sancho no se oponen, dice Américo Castro, idealismo y materialismo, sino la voluntad proyectiva de don Quijote y la voluntad receptiva de Sancho. Don Quijote se adentra en su transcurso y, desde su capacidad creadora, va forjando el mundo;

⁴⁶ *Ibid.*, pp. 90-91.

Sancho va viviendo a partir de lo que le sale al encuentro, encajado en el mundo quijotizado en torno.

A pesar de sus diferencias de casta y rango, don Quijote y Sancho se unen y acaban por entenderse cordialmente:

Cervantes liberó de la vulgaridad paralizante a su hidalgo Quijada, condenado a comer “duelos y quebrantos” todos los sábados. De aquella figura inerte, oprimida por la “opinión”, sin horizonte de esperanzas, surgiría un “hombre nuevo”, desdén de los linajes y de la obsesión cristiano-vieja, afanoso de aventuras liberadoras [...] Sancho, por su lado, se espiritualiza a su modo, y a través de él se zahiere la presunción cristiano-vieja y la de quienes todo lo reducen a ser “enemigo mortal de los judíos” [...] Por encima de las diferencias de linaje, dos figuras en su raíz opuestas acaban por armonizar sus vidas “dialogando”, conviviendo, sin dejar de ser cada uno quien quiere ser.⁴⁷

A manera de conclusión

Escritos desde el exilio y a partir del desgarramiento de la Guerra civil, los ensayos en torno al *Quijote* correspondientes al segundo momento de exploración de Américo Castro intentan contribuir a una reflexión crítica sobre la cultura española.

Castro delinea las corrientes espirituales, culturales y existenciales que configuran el *Quijote*. Ante todo el erasmismo, que constituye un desprendimiento de las constricciones de la religiosidad imperante y sus sanciones; liberación que permite búsquedas espirituales sustentadas en la autenticidad. De esta manera, la bondad y el contacto con Dios se fundan en la disposición interior, dimensión que explorará la literatura española de los siglos XVI y XVII en la mística, la ascética, la tragicomedia y la novela.

Por otra parte, Castro presenta las formas espirituales y existenciales presentes en el *Quijote* como producto de la influencia del pensamien-

⁴⁷ *Ibid.*, p. 148.

to erasmista sobre el horizonte existencial judeoconverso: el paso de un horizonte simbólico a otro, el establecimiento de la morada vital entre dos mundos, la marginalidad y la imposición de una vigilancia amenazante. La novela narra el persistente hacerse de la existencia y su condición problemática.

Siguiendo la lectura de Américo Castro, la novela cervantina cuenta la historia de un hidalgo, su existencia configurada a partir de la materia de los libros que lee y devuelta a éstos. Los libros resultan entonces formas animadas, capaces de influir sobre vidas y hombres. Como los libros de los que se desprende, el protagonista de la novela cervantina fluye indeterminado, trazando arabescos. La indeterminación constituye una realidad oscilante, susceptible de albergar diversos sentidos, ámbito que implica también al lector.

Además de ir construyendo su experiencia vital, los personajes de la novela cervantina se saben siendo y son por tanto capaces de romper con las constricciones a las que aparecen encadenados; de esta manera, transforman su transcurso y, menos solitarios, dialogan y se encuentran con los otros.